

**Construcción y uso de la raza en Chile. La
ocupación de la Araucanía y la
colonialidad del poder**

**Construction and use of race in Chile. The
occupation of Araucanía and the coloniality of
power**

Christian Eduardo Álvarez Rojas
Universidad de Santiago de Chile
christian.alvarez.rojas@gmail.com



Recepción: 28-09-2016 **Aceptación:** 11-02-2017

Resumen: En el presente artículo se analizará la construcción de la idea de raza bajo el enfoque de la colonialidad del poder y la clasificación social. Se expondrá en un inicio una caracterización breve de los orígenes del racismo como fenómeno típicamente moderno y sus componentes principales, para luego analizar cómo se asimila en Chile y se usa como justificación de un genocidio. Finalmente, se mostrarán algunas repercusiones y persistencias posteriores del racismo en Chile.

Palabras clave: raza, racismo, modernidad, colonialidad del poder, Ocupación de la Araucanía

Abstract: In the present article, the construction of the race idea will be analysed under the coloniality of power and social classification frame. At the beginning, it will be shown a brief depiction of racism origins as a typical modern phenomena and its main components, then analysing how this is assimilated in Chile and used as justification for

Estudiante Doctorado en Estudios Americanos

a genocide. Finally, it will be shown some later repercussions and persistences of racism in Chile.

Keywords: race, racism, modernity, coloniality of power, Occupation of Araucanía

Origen de la idea de raza

El racismo puede entenderse como un tipo de concepción de la naturaleza humana, según la cual es posible agrupar a conjuntos de individuos según características comunes e inherentes, que determinarán tanto su desarrollo individual como colectivo, y el tipo de relaciones que establezcan con otros grupos. Es decir, requiere en primer lugar que se considere que existen *razas* humanas, las que tomando como modelo la crianza selectiva de animales domésticos y la taxonomía de las ciencias naturales, supondrán en primera instancia una catalogación de pretensión científica, que buscaría dar cuenta de diferencias biológicas entre los seres humanos que serían determinantes en su posterior desarrollo, y que explicarían los distintos niveles de desarrollo cultural de los grupos humanos identificados como razas en el orden moderno. De esta forma, el racismo es un fenómeno inherentemente moderno, que requiere de los cambios globales impulsados por el capitalismo y el imperialismo:

El racismo es, en efecto, una cuestión verdaderamente moderna a partir del momento en que incide no en grupos humanos en posición de gran exterioridad mutua, de radical extrañeza, de distancia no abolida, ni siquiera grupos humanos que se oponen o crean su encuentro, como sucedió a comienzos de la colonización, sino en grupos humanos llamados a vivir en una misma unidad económica, política o social, en particular en un mismo conjunto jurídico-político -el que constituye, en particular, un Estado-. (Wiewiorka, 52)

El racismo emergerá entonces como una motivación universalista, que busca englobar dentro de sí a todos los grupos humanos bajo un orden

común. En su primer momento, el racismo adopta un universalismo de carácter científico, es decir, bajo la pretensión de que las razas humanas son una realidad biológica, disponible para ser categorizada y cuantificada por la taxonomía, dando como resultado jerarquías de las diferencias culturales, justificando relaciones de dominación y explotación.

Esta posición del racismo como un producto de la modernidad parece contradecir tanto los propios principios modernos, como los antecedentes históricos de segregación ya existentes en distintas culturas y en épocas previas. Estas segregaciones serán un piso histórico, pero que aún no reunirán las condiciones que engloba la concepción moderna del racismo como, ante todo, un determinismo esencialista. En el caso de la cultura grecolatina, en donde la categoría del *otro* está representada por el bárbaro, considerado inferior por no hablar el lenguaje de la polis, esta otredad no implicaba una categoría homogénea, pues podían caber dentro de ella la totalidad de culturas que no fuesen la griega, y en cuya determinación nunca fue relevante, según sostienen las investigaciones de Frank Snowden, aspectos como el color del pelo o la piel (cit. en Fredrickson 17). El otro tipo de segregación propio de este momento cultural lo constituye la esclavitud, que era considerada como una relación lícita de explotación en tanto era el resultado de conflictos bélicos entre ciudades o económicos entre particulares, bajo la cual podían caber tanto los ciudadanos libres caídos en desgracia, como bárbaros o prisioneros de guerra, los que incluso, aunque muy excepcionalmente, podían recuperar su libertad y ocupar roles importantes en la administración pública (Millett 55-6). Dada esta multiplicidad de potenciales esclavos, su reconocimiento como tales por parte de la sociedad debía ser acentuado mediante elementos externos y arbitrarios:

El problema, [...] es que no siempre era sencillo advertir la diferencia entre los esclavos y el resto de habitantes de la ciudad. En ocasiones - y, especialmente, si habían intentado escapar- se les tatuaba en la frente; y tal vez el vestido, el

peinado, el acento y la ocupación podían despertar sospechas, pero no se destacaban por el color de la piel. (Davison 179)

Las lógicas de segregación en la antigüedad occidental, por lo tanto, no suponen un determinismo a priori ni pretenden ser una categoría biológica que naturalice un orden, sino simplemente una categoría útil para sostener un orden en el estado, tanto externo como interno. Un paso siguiente en este proceso lo constituyó la visión del cristianismo sobre el pueblo judío, el cual habría sido *el responsable* de la crucifixión y muerte de Jesús. Si bien en los primeros siglos del cristianismo los judíos no fueron segregados sistemáticamente, por ser el pueblo del que había nacido Jesús, y por ser vistos como un colectivo al que se podría evangelizar, el fracaso de los intentos cristianos por hacerlos abandonar su fe hizo que la actitud comenzase volverse cada vez más hostil, siendo recurrente la asociación popular del judío como un enemigo de Cristo y, por ende, de la cristiandad en general. Así, en 1150, en Inglaterra son acusados de secuestrar niños cristianos para repetir la crucifixión (Friedrickson 20) y así obtener su sangre para rituales ocultos. La situación se agravaría tras la aceptación de la transubstanciación como dogma en 1215, en donde la hostia se convierte en el cuerpo de Cristo, pues los judíos son acusados de robarlas y repetir con ellas las torturas de la crucifixión; el judío ya no es solo un no-creyente en la divinidad de Jesús, sino que deliberadamente obra contra ella, situación que lo convertirá en la práctica en un “infrahumano”, siendo un grupo susceptible ya no solo de ser marginado, sino además exterminado, ambas situaciones justificadas en la cultura popular:

Crecientemente en la mitología popular, folklore e iconografía, se hizo una asociación entre los judíos y el Diablo o entre los judíos y la brujería. En el pensamiento popular de la Baja Edad Media, el problema presentado por los judíos no era tanto su no creencia, como sí sus malévolas intenciones contra Cristo y su deseo de servir a los Poderes de la Oscuridad en sus conspiraciones. Las máximas autoridades eclesiásticas, repudiaban mayoritariamente tales fantasías y generalmente

Construcción y uso de la raza en Chile. La justificación...

adherían al principio de que la existencia de los judíos debía ser tolerada debido a que su conversión definitiva era esencial para el plan divino de salvación del mundo. [...] De acuerdo a Cecil Roth, historiadora pionera en el antisemitismo medieval, la deliberada no-creencia de los judíos los hizo ser vistos como ‘menos humanos’ y ‘capaces de cualquier crimen, imaginable o inimaginable’. (21)¹

Esta esencialización del otro, sin embargo, está determinada por un factor teológico: el judío es tan creación divina como el cristiano, solo que ha perdido su condición de igual al negar la divinidad de Cristo, y en ningún caso comparte la lógica discursiva del racismo “científico”, pues este tiene como fundamento una supuesta realidad objetiva medible según las herramientas de la biología. Por otra parte, los encuentros de la Europa medieval con la otredad no necesariamente tuvieron un componente de menosprecio, sino que estuvieron determinados por factores históricos; así, el islam será otra construcción de otredad esencialmente amenazante en tanto comparte la misma negación teológica ya descrita, y ser además una amenaza bélica. En el caso de lo *negro*, podrá haber incluso una valoración positiva, debido al relato mítico de la conversión de los etíopes al cristianismo, que dará paso al Preste Juan, monarca no europeo que acepta la fe cristiana, cuyo origen mítico va desde India, Asia Central hasta el Reino de Etiopía (27). Estos antecedentes revelan que la piel, y en general, los rasgos fenotípicos, no constituyen –aun- una variable a priori en el pensamiento occidental para la esencialización de los grupos humanos, sino que ésta será el

¹ “Increasingly in popular mythology, folklore, and iconography, an association was made between Jews and the Devil or between Jews and witchcraft. In the popular mind of the late Middle Ages, the problem presented by Jews was not so much their unbelief as their malevolent intent against Christians and their willingness to enlist the Powers of Darkness in their conspiracies. The highest authorities in the church for the most part repudiated such fantasies and generally adhered to the principle that the existence of Jews must be tolerated because their ultimate conversion was essential to God’s plan for the salvation of the world. [...]. According to Cecil Roth, a pioneer historian of medieval antisemitism, the Jews’ “deliberate unbelief” made them seem “less than human” and “capable of any crime imaginable or unimaginable”” Traducción propia.

resultado de consideraciones teológicas. Sin embargo, indirectamente, será el cristianismo el que establecerá una condición que posteriormente formará parte del racismo científico y su sucesor, el cultural: el universalismo.

El cristianismo, en la medida en que encuentra aceptación en grupos humanos distintos al europeo, en cultura y en hábitat geográfico, aunque sea mediante el mito, reafirma así su vocación de ser una doctrina universal, que puede unir dentro de sí a toda la humanidad bajo el mensaje de Cristo. Pero siendo una posibilidad de salvación existencial tan potente, la no aceptación de éste implicará la constitución de una alteridad radical irreconciliable; la esencialización emerge así como el resultado de una división de los grupos humanos en su aspecto más profundo: el destino de su alma, su pertenencia a un orden cósmico mayor que exige un posicionamiento binario entre el bien o el mal. Este eje no pudo, por ende, haberse generado en un contexto cultural distinto al cristianismo ni a los factores que lo convirtieron en la doctrina inherente a la cultura Europea durante la Edad Media. Ahora bien, como ya se ha visto, la esencialización cristiana no considera aspectos biológicos, que serán los que constituirán el racismo científico; aun cuando en el siglo XV se busque segregar al judío mediante una “pureza de sangre”, que considerará a la suya un *quasi venenum* (Wieviorka 66), esta será, por lo visto, una consecuencia de una infracción teológica previa, y no al revés. La generación de este pensamiento emergerá tras los cambios globales sin precedentes ocurridos en el Renacimiento: el descubrimiento de América, la apertura de nuevas rutas comerciales y, sobre todo, la esclavitud a gran escala. Principalmente, un hecho clave ocurrirá en 1452 cuando:

El papa italiano Nicolás V una bula papal llamada Dum Diversas. En reconocimiento a la magnitud y el esfuerzo puesto por la corona portuguesa en la exploración de la costa africana, la Iglesia dio su aprobación oficial a la esclavización y venta de africanos por la corona portuguesa –una sanción confirmada tres años después en la carta Romanus pontifex.

Construcción y uso de la raza en Chile. La justificación...

Correspondiendo a la lealtad y el apoyo del poderoso rey de Portugal, el papa transformó la esclavitud en una institución de la que todos los europeos podían sacar provecho sin culpa. Los historiadores no hablan normalmente de la Era de la esclavitud, pero en retrospectiva podemos ver que los decretos de la década de 1450 moldearon el futuro de tres continentes y comenzaron una nueva historia. (Wise Bauer 20)²

La expansión imperial será entonces un factor clave en cambiar las relaciones entre distintos grupos humanos, pues se enfrentará a un sometimiento y explotación a una escala en muchos órdenes de magnitud superior a las conocidas por Europa. Esta “explotación sin culpa”, no será un cambio automático e inmediato, pues viene a contradecir la reticencia medieval a la usura y la explotación que, entre otras cosas, formaban parte de los males asociados a los judíos por su supuesta condición de *no humanidad* al negar a Cristo. De esta forma, es posible encontrar testimonios que retratan lo chocante que fue para algunos europeos el enfrentarse a una empresa de explotación que implicaba el destierro de poblaciones humanas completas, sometiéndolas al abuso y la tortura. Uno de los más relevantes en términos históricos, es sin duda la publicación de *Breve relación de la destrucción de las Indias Occidentales*, publicado en 1552 por el fraile y teólogo Bartolomé de las Casas, en donde expone los abusos cometidos por la corona española en la conquista de América, diciendo respecto de las culturas indígenas “otra cosa no han hecho de 40 años á esta parte hasta hoy, y hoy en este dia lo hacen,

² “The Italian pope Nicholas V had just issued a papal bull called *Dum Diversas*. In recognition of the expense and effort that the Portuguese had put into exploring the African coast, the Church gave official approval to the enslavement and sale of Africans by the Portuguese crown—a sanction confirmed again three years later in the charter *Romanus Pontifex*.

Wooing the allegiance and support of the powerful king of Portugal, the pope had transformed slavery into an institution that all Europeans could profit from without guilt. Historians do not normally speak of the Age of Enslavement, but in hindsight we can see that the decrees of the 1450s shaped the futures of three continents and began a whole new story.” Traducción propia.

sino despedazallas , inatallas, angustiallas, afligilias, atormentallas y destruillas , por las estrañas, y nuevas, y varias, y nunca otras tales vistas , ni leídas , ni oídas maneras de crueldad” (de las Casas 15-6)³.

Este tipo de pensamiento tendrá también una correspondencia fuera del ámbito eclesiástico e intelectual, pudiendo encontrarse testimonios similares, por ejemplo en un diario de viaje de un marino a cargo del transporte de esclavos en pleno siglo XVII, recopilado por James Pope-Hennessy, en el cual se expone:

[Mis superiores me instaron a] cortar las piernas y brazos de los esclavos más obstinados para espantar al resto; [pero me resistí] a considerar siquiera esa idea, y mucho menos a poner en práctica tal barbaridad y crueldad contra esas pobres criaturas, quienes, exceptuando su falta de cristiandad y religión verdadera (lo que es más una mala fortuna que su propia culpa) son igualmente obra de la mano de Dios, y sin duda tan querida para él como nosotros; ni puedo imaginar por qué ellos deberían ser despreciados por su color, siendo que no pueden aliviarlo, y el efecto del clima que ha complacido a Dios en asignárselos. No puedo pensar que haya algún valor intrínseco en un color más que en otro, ni que el blanco sea mejor que el negro, solo que lo pensamos porque somos así, y estamos en la posición de juzgar favorablemente en nuestro caso, tanto como los negros, aborreciendo el color, dicen, el diablo es blanco y así lo pintamos. (cit. en Schneider D. & Schneider C. 43)⁴

³ Rechazo que, paradójicamente, no alcanzó a tener para los esclavos llegados de África y sus descendientes. A pesar de esto, sin embargo, resulta más evidente cómo la visión favorable o negativa hacia una determinada *raza* es contingente y mediada por relaciones puntuales e intereses históricos.

⁴ “[My officers urged me to] cut off the legs and arms of the most wilful [slaves] to terrify the rest, [but I refused] to entertain the least thought of it, much less put in practice such barbarity and cruelty to poor creatures, who, excepting their want of Christianity and true religion (their misfortune more than fault) are as much the works of God's hands, and no doubt as dear to him as ourselves; nor can I imagine why they should be despised for their colour, being what they cannot help, and the effect of the climate it has pleased God to appoint them. I can't think there is any intrinsic value in one

Construcción y uso de la raza en Chile. La justificación...

El propio cristianismo, si bien permite segregar en torno a la dicotomía creyente/no creyente, establece un límite demasiado poderoso para pasar por alto en la empresa esclavizadora, que es la mencionada universalidad de su doctrina, la cual, hasta que no sea negada de forma explícita, estará abierta a considerar al otro como un potencial receptor del mensaje evangelizador. Para justificar el dominio y explotación será necesario entonces acudir a las nuevas forma de universalidad, que vendrán dadas tanto por el auge del conocimiento científico, como de las nuevas ideologías políticas que buscarán formar un orden jurídico fundado en la razón y no en la tradición religiosa⁵.

El nacimiento del racismo científico tiene su primer antecedente en la taxonomía de Carl Linneo, quien en *Systema Naturae*, publicado en 1758, propone las siguientes *subespecies* para el *homo sapiens*: *americanus*, *asiaticus*, *africanus*, *europaeus*, y una quinta categoría para hombres salvajes y bestias míticas (Fuentes 74). Será luego Gobineau en su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, escrito entre 1853 y 1855, quien propondrá que la mezcla de las distintas razas conduce a una decadencia (Wieviorka 26), la que, entonces, deberá ser prevenida y combatida. Otro factor clave en el auge del racismo científico será la filosofía positivista, la cual, asumiendo una correspondencia entre las ciencias naturales y el estudio de la cultura humana, verá a esta última como portadora de un desarrollo teleológico, lo cual será plasmado de forma definitiva por Herbert Spencer como *darwinismo social*. Surge la idea de que la selección natural implica la supervivencia de individuos más aptos, que serán reconocidos como superiores respecto a sus pares, lo que funcionará como justificación a posteriori de la situación desventajosa

colour more than another, nor that white is better than black, only we think so because we are so, and are prone to judge favourably in our own case, as well as the blacks, who in odium of the colour, say, the devil is white and so paint him." Traducción propia.

⁵ Es posible entender al cristianismo como uno de los catalizadores en el desarrollo de la ciencia en occidente, en la medida en que asume la existencia de una realidad que puede ser cognoscible, y así obtener un conocimiento objetivo que se acerque a la voluntad de Dios. La relación no sería causal ni unívoca (pues existen más factores en juego, como los políticos y económicos), pero sí relevante. (Lindberg 305-9)

de unos grupos humanos respecto a otros, y también como el impulso para desatar nuevas dominaciones o agudizar las existentes.

Racismo y Colonialidad

Llegados a este punto, corresponde analizar este proceso histórico bajo el enfoque de Aníbal Quijano propuesto en *Colonialidad del poder y clasificación social*. La primera distinción clave es la *colonialidad* respecto al concepto más común de *colonialismo*, Quijano explica que la colonialidad “Se funda en la imposición de una clasificación racial/étnica de la población del mundo como piedra angular de dicho patrón de poder y opera en cada uno de los planos, ámbitos y dimensiones, materiales y subjetivos, de la existencia cotidiana y a escala social. Se origina y mundializa a partir de América” (67). Este concepto permite precisar con más exactitud un tipo de relación colonial, pues supone la existencia de un sistema global de dominación, cuyo origen ya se ha expuesto que corresponde con la era de los descubrimientos y la consolidación del capitalismo como sistema de producción.

La colonialidad, además, implica una revisión a las lecturas que se han hecho a estos procesos de dominación, ya sean favorables o críticas. Esto es necesario debido a la influencia del eurocentrismo que tiende a asignar una linealidad causal a los acontecimientos históricos que no se corresponde con los hechos, y que entrega una visión equívoca de las categorías analíticas al naturalizarlas. Así, Quijano observa que tanto el liberalismo como el materialismo histórico marxista cometen el error de comprender las relaciones sociales como un a priori fuera de la historia:

Si, como en Hobbes, se hace intervenir acciones y decisiones humanas en el origen de la autoridad y del orden, no se trata en rigor de ninguna historia, ni siquiera de un mito histórico, sino de un mito metafísico: postula un estado de naturaleza, con individuos humanos que entre si no guardan relaciones distintas que la continua violencia, es decir, que no tienen entre

Construcción y uso de la raza en Chile. La justificación...

si genuinas relaciones sociales. Si en Marx se hace también intervenir acciones humanas en el origen de las «relaciones de producción», para el materialismo histórico eso ocurre por fuera de toda subjetividad. Esto es, también metafísica y no históricamente. No de modo distinto, en el funcionalismo, en el estructuralismo y en el estructural-funcionalismo, las gentes están sometidas ab initio al imperio de ciertos patrones de conducta históricamente invariantes.

La perspectiva eurocéntrica, en cualquiera de sus variantes, implica, pues, un postulado históricamente imposible: que las relaciones entre los elementos de un patrón histórico de poder tienen ya determinadas sus relaciones antes de toda historia; esto es, como si fueran relaciones definidas previamente en un reino notico, a histórico o transhistórico. (72).

Una comprensión verdaderamente crítica de las relaciones sociales, incluyendo a las relaciones de dominación, deberá entonces reconocer a estas como el resultado de luchas entre sujetos, tanto individuales como colectivos, en un proceso constante de creación y cambio. Conceptos como clase o raza, no son dados ni están fuera de la historia, sino que son el resultado de estas luchas, y su naturalización es simplemente un uso acrítico de estos conceptos. En este sentido, si las relaciones de dominación generan las categorías sociales, no se podrá sostener la noción, aun en sentido crítico, del capitalismo como un proceso homogéneo a partir de procesos definidos y demarcados: “dentro de cada una de esas categorías no solo coexisten, sino que se articulan y se combinan todas y cada una de las formas, etapas y niveles de la historia de cada una de ellas. Por ejemplo, el trabajo asalariado existe hoy, como al comienzo de su historia, junto con la esclavitud, la servidumbre, la pequeña producción mercantil, la reciprocidad” (75). Al ser imposible sostener el argumento, incluso en contra, de que el capitalismo supone un proceso orgánico y homogéneo, se revela su carácter contingente, pues su alcance global sucede en torno a un eje de poder que tiene

como antecedente necesario a los procesos de descubrimiento y conquista, especialmente en América.

A partir de este análisis, Quijano advierte cómo se han instalado en la intersubjetividad colectiva conceptos externos a los procesos históricos, pero dando la impresión de representar aspectos dados de la realidad, como los de clase y raza. Estos dos términos, son usados según la necesidad cartesiana de Europa -como centro del poder global- de clasificar y administrar los elementos de la realidad:

Para Linneo, las plantas estaban allí, en el «reino vegetal», dadas, y, a partir de algunas de sus características empíricamente diferenciables, se podía «clasificarlas». Los que estudiaban y debatían la sociedad de la Europa centro-nórdica, a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, aplicaron la misma perspectiva a las gentes, y encontraron que era posible «clasificar», también a partir de sus más constantes características diferenciables empíricamente, su lugar en la estructura social de riqueza y pobreza, mando y obediencia (88).

Las nociones de raza y de clase, por lo tanto están estrechamente relacionadas, pues ambas son el producto de relaciones de dominación, y no un dato anterior a estas ni su causa. Es tras la división del trabajo que se hacen relevantes las características socioeconómicas que permitirán el análisis marxista en términos de clases sociales, las que son por ende un resultado histórico y contingente, sujeto a potenciales cambios y resignificaciones. Con la raza sucede algo similar, con la diferencia de que su aparición corresponde a la interpretación europea de los rasgos fenotípicos que permitiesen establecer una distinción clara entre los dominados y los dominadores, los que en un principio incluyeron el color de la piel, al haber sido el rasgo que marcaba una diferencia aparente con los primeros pueblos conquistados, pero no se limitó a él cuando esta distinción era menos aparente, “[l]as diferencias fenotípicas fueron usadas, definidas, como expresión externa de las diferencias

Construcción y uso de la raza en Chile. La justificación...

«raciales»: en un primer periodo, principalmente el «color» de la piel y del cabello y la forma y el color de los ojos; más tarde, en los siglos XIX y XX, también otros rasgos como la forma de la cara, el tamaño del cráneo, la forma y el tamaño de la nariz” (98).

La raza, por lo tanto, será tan construida a raíz de las luchas de dominación como la clase social, solo que su ocurrencia con grupos humanos lejanos a la urbe occidental y con rasgos en apariencia distintivos provoca la ilusión de que, efectivamente, se refiere a aspectos biológicos. Este proceso, sin embargo, resultó más evidente en el III Reich, en donde el arianismo debió extremar recursos para justificar diferencias supuestamente biológicas entre poblaciones fenotípicamente indistinguibles

El «color» en la sociedad colonial/moderna no siempre ha sido el más importante de los elementos de racialización efectiva o de los proyectos de racialización, como en el caso de los «arios» respecto de los demás «blancos», incluidos los «blancos» «judíos» y, más recientemente, en los procesos de «racialización» de las relaciones israelí-árabes. Estas son, si falta hiciera, eficientes demostraciones históricas del carácter estrictamente mítico-social de la relación entre «color» y «raza». (103-4).

La apariencia de naturalidad habría estado dada por su referencia a la corporalidad, que es, en su forma más empírica, cómo se organiza la dominación. Tanto en las urbes, en forma de clases separadas por su origen salarial, como a escala global, con modos de producción paralelos puestos sobre un mismo eje de explotación.

El contexto chileno

El primer relato -y quizá por ello el que más profundo arraigo ha tenido en la sociedad chilena- respecto a un otro, en este caso, el pueblo mapuche, lo constituye *La Araucana* de Alonso de Ercilla, cuyo primer volumen se publicó en 1569. En una muestra que refuerza el

argumento de que el encuentro con un grupo humano distinto no implica en sí mismo una aversión e infrahumanización, la perspectiva artística de Ercilla destacó en los mapuches valores que eran reconocibles en la cultura occidental como señal de nobleza e hidalguía. A partir de sus versos, incluso, Voltaire compararía a Colo Colo con Néstor: “después de haber comparado el parloteo presuntuoso y descortés de Néstor con el discurso modesto y mesurado de Colo-Colo; la odiosa diferencia que aquél otorga entre el rango de Agamenón, y el mérito de Aquiles, con esta igualdad de grandeza y de valor atribuidos con parte a todos los caciques, que el lector se pronuncie” (7). Colo Colo es representado como un líder de la rebeldía natural de un pueblo digno, pero con el equilibrio racional propio de la sabiduría entregada por la edad, instalándose así en el imaginario literario occidental, y particularmente el chileno, la figura del mapuche como un pueblo portador tanto de fuerza como de templanza, como se puede apreciar en los versos aludidos al lonko en el canto VIII: “La verde edad os lleva a ser furiosos/ ¡oh hijos!, y nosotros, los ancianos/ no somos en el mundo provechosos/ más de para decir consejos sanos / que no nos ciegan humos vaporosos/ del juvenil hervor y años lozanos/ y así, como más libres entendemos/ lo que siendo mancebos no podemos.” (87). A pesar de ser una construcción literaria externa y posterior a los hechos, sí existe constancia de que, por parte de algunos europeos, hubo un aprecio real por la cultura mapuche por su carácter *reflexivo-filosófico*, además de la hidalguía, como relatan por ejemplo las crónicas del misionero jesuita Bernhard Havestadt, en las que alude al mapudungun: “quien conozca la lengua chilena mirará otras lenguas muy por debajo de sí, como desde una atalaya [...] a cualquier no chileno puede espetársele justificadamente y con razón: si tu lengua es buena, la lengua chilena es superior” (cit. en Zúñiga 21).

Esta perspectiva, por supuesto, no sería la dominante, o al menos no la única en el ámbito oficial. Durante el proceso de consolidación de la colonia española, tanto por las condiciones económicas como por el constante enfrentamiento bélico con los mapuche, se veía al *indio*

como enemigo o potencial recurso productivo, el cual tenía la esclavitud y la conversión al cristianismo como única posibilidad de supervivencia, pues su sola existencia bajo un modelo cultural alternativo lo convertía en un hereje, cuyo justo castigo era la muerte (cf. Jara 196). En el caso de la esclavitud de etnias llegadas de otros territorios, no representaron un número equiparable a la población indígena, aproximándose, para 1810, a diez o doce mil personas. A esta altura, además, ya había ocurrido un mestizaje importante: “los mulatos o zambos, engendrados por la unión de los negros con las mujeres blancas o indias, o, al revés, llamados ordinariamente pardos, excedían a la raza africana. Los genuinamente negros eran muy poco abundantes en Chile” (Feliú 57). Ya a fines de la Colonia, al menos en Santiago, los esclavos podían recuperar su libertad y tener algún grado de inclusión en la sociedad, por ejemplo, formando el “El Batallón de los Pardos”, especie de policía destinada a proteger el comercio por las noches, y que en su participación en la guerra de independencia fueron llamados “Infantes de la patria” (59). Aunque estos antecedentes podrían llevar a pensar en la inexistencia del racismo en Chile, sí había generalizaciones esencialistas a los grupos segregados, como las denunciadas por Manuel de Salas y que se esgrimían como argumento para explicar las precarias condiciones de vida de los indígenas: “concluyendo que la causa es la innata desidia que se ha creído carácter de los indios, y que ha contaminado a todos los nacidos en el continente, aumentada y fomentada por la abundancia. O, más indulgentes, buscando causas misteriosas, lo atribuyen al clima” (53). El racismo se presentará de forma más concreta ya avanzado el siglo XIX, con la expansión territorial del estado, la respectiva explotación creciente de sus clases dominantes, y las justificaciones propuestas para ello, pues en la colonialidad del poder la distinción racial no es un absoluto geopolítico, sino una referencia que incluye matices y gradaciones; entre los polos dominantes y las periferias dominadas existen intermediarios, las clases altas de las periferias, que articulan las categorías raciales según desprecian a la población local como forma de imitar a Europa.

La Pacificación

Dadas las características coloniales de Chile, lejos de los grandes centros del poder, y con una población altamente mestiza, no fue algo dado el menosprecio por lo autóctono en favor de lo extranjero, principalmente europeo. De hecho, existe evidencia para lo contrario: a inicios del siglo XIX, de la mano de intelectuales como Manuel de Salas y Francisco Bilbao, se toma como un potencial beneficioso el poseer y construir rasgos culturales propios, pues permitirán garantizar la independencia a futuro (Pinto Rodríguez 116).

Con la llegada del liberalismo al poder, el pensamiento oficial chileno se alimenta de las corrientes europeas de la época, las cuales ya comenzaban a desarrollar el racismo científico. La inclusión forzosa de Chile dentro del sistema mundial de comercio, necesitó que se ubicara bajo sus coordenadas dentro de la escala de grises del racismo propio de la colonialidad, situación promovida desde las élites como forma de validación propia. De esta forma, Sergio Villalobos, en su prólogo a la *Historia General de Chile* explica que

Llegaban libros y periódicos, los cambios liberales y las revoluciones de Europa impresionaban, mostrando que entre convulsiones el viejo mundo se abría hacia una nueva era. Se avanzaba rumbo a la verdadera libertad del hombre y de los pueblos y también hacia el pensamiento científico, la nueva técnica, la literatura y el divagar filosófico. La idea del progreso indefinido y de la perfectibilidad humana se abría paso resueltamente (XIV).

El pensamiento liberal, a pesar de –o quizá, *debido a*- pretender fundarse en la racionalidad ilustrada, asumió al racismo como guía implícita para la expansión de Chile, especialmente en la ocupación⁶

⁶ Para efectos prácticos, se hablara de *ocupación*, *invasión* y *pacificación* como sinónimos, asumiendo a este último término como una coartada histórica de los anteriores.

Construcción y uso de la raza en Chile. La justificación...

de la Araucanía, y también en las políticas migratorias para colonizar los nuevos territorios. Si bien, siguiendo las crónicas de Robustiano Vera, la propuesta de Cornelio Saavedra de avanzar militarmente podría comprenderse como una estrategia geopolítica, al buscar la expansión fronteriza del estado y la seguridad de los asentamientos humanos presentes en la Araucanía, la pacificación requirió pronto una justificación ideológica más profunda, afín a las nuevas relaciones de dominación que traería el control de los recursos que se esperaban obtener del control territorial.

Una de las voces principales en este proceso de instalación de la colonialidad respecto a la Araucanía y los mapuches fue Benjamín Vicuña Mackenna, diputado por Valdivia para la época:

Vicuña Mackenna se encargó de llevar las cosas casi a los extremos. Recogiendo más tarde las ideas del conde A. de Gobineau, difundidas en su *Essai sur la inégalité des races humaines*, publicado en París entre 1853 y 1855, que proclamaba una supuesta superioridad de la raza blanca y degradación del mestizo, estos intelectuales no vacilaron en pregonar su admiración por Europa y menosprecio por el indio y el mestizo. Paradojalmente, esto ocurría en un continente poblado en su mayor parte por indios y mestizos. El mismo mapuche que medio siglo atrás aparecía como fuente de inspiración de la Independencia y sobre cuyos valores pensábamos construir la nación, se transformó en un bruto indomable, enemigo de la civilización y en un estorbo para el progreso. El rostro aplastado, signo de la barbarie y ferocidad del auca, decía Vicuña Mackenna, denuncia la verdadera capacidad de una raza que no forma parte del pueblo chileno (Pinto Rodríguez 119).

En sus discursos pronunciados en la cámara de diputados, como el del 10 de agosto de 1868, se puede apreciar cómo bajo la categorización racial explícita, existe una necesidad de hacerla valer en base a la productividad económica, tanto en forma directa, como

en la que se deduce de la producción cultural considerada como excelsa según el cánón eurocentrista seguido abiertamente. De esta forma, describirá a los mapuches en términos comparativos: “hacen causa común con el indio pampa, el ser más horrible tal vez de la raza humana, i matan i destrozan cuanto cae en sus manos” (4). Y luego de detallar enfrentamientos en que resultan derrotados, añade: “¡Tales son los semi-dioses de Ercilla!” (Ibíd.), ironizando con *el* referente positivo reconocido hasta el momento para el pueblo mapuche, comparándolos peyorativamente con descripciones ahora consideradas solo míticas⁷, y definiendo a los individuos como “indio hambriento, poco acostumbrado a la industria y a la honradez” (8).

La mención a la *industria* y la *honradez* no será trivial, pues constituyen la base sobre la que Adam Smith describirá el funcionamiento del capitalismo global. Los mapuches, según la mirada de Vicuña Mackenna, como representante de las élites eurocentristas, no pueden ser parte de este orden por supuestos impedimentos biológicos-culturales, que tendrán como directa consecuencia la privación de sus recursos naturales y la instalación de la totalidad de la etnia en una relación de subordinación.

El factor económico será crucial para la categorización racista, pues constituye el eje que, como explica Quijano, resulta ser el eje capaz de articular al capitalismo a nivel global en su sentido de dominación, y para negársele al mapuche una capacidad de participación en la sociedad, debe naturalizarse su diferencia productiva:

Pasemos ya a la industria, a las artes, a la agricultura como medio de propaganda civilizadora. Pero ¿de qué arte son capaces esos bárbaros que solo saben amarrar sus lanzas i en

⁷ El mapuche de *La Araucana* no solo quedará reducido al mito, sino que además será uno ajeno para el mapuche considerado *real*: “Así, pues, es algo de mui curioso el que nosotros por pura moda i despique con los españoles, hayamos estado desde 1810 bautizando con nombres de héroes araucanos, nuestros pueblos, nuestros buques de guerra i aun nuestros hijos, cuando los Lautaro i los Caupolicán son mitos desconocidos a su raza” (8).

Construcción y uso de la raza en Chile. La justificación...

sus caballos? Sus tejidos, único artículo industria, es obra de sus mujeres, es decir, concubinas i de sus esclavas, Toda su labranza consiste en cortos sembrados para el pan de cada día i en los manzanares que les dio la naturaleza, para sus eternas borracheras (11).

La opinión de Vicuña Mackenna, como se ha señalado, si bien era genuinamente personal, representaba a su vez a toda una élite, lo que se puede corroborar en la línea editorial de El Mercurio respecto a su cobertura de la ocupación territorial de la Araucanía: “Los hombres no nacieron para vivir inútilmente y como los animales selváticos, sin provecho del género humano; y una asociación de bárbaros, tan bárbaros como los pampas o como los araucanos, no es más que una horda de fieras, que es urgente encadenar o destruir en el interés de la humanidad y en el bien de la civilización” (van Dijk, 125).

Tenemos, entonces, un escenario que, asumiendo las coordenadas de la colonialidad para la distribución del espacio reconocido como legítimo para cada *raza*, no solo excluye a los mapuches del uso de su territorio, según criterios de productividad eurocéntricos, sino que también termina por definir quiénes serán los aptos para hacerlo. Un antecedente importante en este reparto territorial según raza, con sus respectivas consecuencias en el estatus político y económico, es la obra de Domingo Faustino Sarmiento, quien en *Conflictos y armonías de las razas en América* de 1883, suscribiendo el racismo científico y el darwinismo social, asumiendo que: “las razas superiores sean más diferenciadas que las inferiores, dando por sentado que el *mínimum* es común en todas las razas, y que el *máximum* que es muy débil para los salvajes, es, al contrario, muy elevado para los civilizados” (88). Bajo esta argumentación, Sarmiento instará a que el estado promueva la inmigración de alemanes, ingleses u otras *razas* que determinen un desarrollo de la industria, como forma de que Argentina, y luego Chile, puedan mejorar sus condiciones de vida. Su pensamiento, además, acuñaría una dicotomía que sería clave para la filosofía latinoamericana hasta nuestros días: civilización y barbarie, cada una

como propiedades intrínsecas de las culturas y razas europeas e indígenas, respectivamente.

La consecuencia inmediata de la pacificación sería la inmigración selectiva, pues así se podía asegurar que Chile subiera de rango en la distribución global del capitalismo, según su clasificación social y racial. Se generó entonces “una actitud de admiración por Europa que transformó la inmigración en una posibilidad, no solo de poblar el territorio, sino de moralizar a los chilenos y traspasarle los valores que nuestra clase dirigente consideraba apropiados para la nación” (Pinto Rodríguez 119). En términos de la colonialidad del poder, la necesidad de asimilación a los referentes europeos respondió a la necesidad de garantizar un control de las élites sobre una producción económica local, que requería de la clasificación racial degradante de los mapuches, como grupo poseedor de un territorio, y como parte constitutiva del mestizaje cultural del cual la mayoría de la población chilena ha emergido.

El etnocentrismo europeo, que ya se había expresado en los siglos XVI y XVII, discriminando y negando al mundo americano, afloró de nuevo en el siglo XIX, alentando la misma actitud escapista que hemos asumido cada vez que nos miramos en el espejo y descubrimos nuestros rasgos indígenas y mestizos, tan difíciles de ocultar. Con evidente orgullo y resumiendo una apreciación que muchos hombres de la época compartieron, Vicente Pérez Rosales decía que nuestra primera virtud consistía en parecernos al Viejo Mundo. Chile, agregaba Pérez Rosales, es una “verdadera fracción europea trasplantada a 4.000 leguas de distancia en el otro hemisferio” (119-120).

Lecturas posteriores del racismo

Mientras la oficialidad intelectual chilena debatía las posibles vías hacia el desarrollo desde el acercamiento a los centros del poder global, existió también otro tipo de argumentación amparada en

supuestos hechos antropológicos, que explicarían nuestro destino como nación en la forma esencialista y determinista propia del racismo, pero no buscando integrarse a un orden capitalista global, sino alegando una emancipación. Tal es el caso de la obra *Raza chilena* de Nicolás Palacios, que presenta la figura del *araucanogótico*; el chileno tendría una superioridad ontológica respecto a sus vecinos por ser heredero tanto de la gallardía del mapuche, arbitrariamente negada a las otras etnias precolombinas, y también de la racionalidad atribuida a las culturas de origen germánico, de donde el autor cree que provendría la mayoría de la colonización española. La inmigración hispana a Chile habría venido de regiones septentrionales como Cataluña o el País Vasco, considerando a los mediterráneos como *de menor rango* (Castillo 25). El *araucanogótico* representaría por lo tanto una identidad nacional, en donde la cultura mapuche, reducida solo a un carácter guerrero, se encontraría fundida con valores comunes de virilidad y racionalidad heredables solo de los germánicos, y cuyo mejor representante será el *roto*, encarnación tanto de viveza – inteligencia- como de lucha contra la adversidad. El destino de Chile será, según esta postura, la industrialización y la guerra, visión lógica considerando que *Raza Chilena* se publicó en 1904, tras el triunfo chileno en la Guerra del Pacífico, que llevará a buscar una presunta superioridad antropológica de los chilenos respecto a peruanos y bolivianos.

Esta perspectiva, que condensa tanto el racismo científico como el cultural, tendría eco décadas después en la obra de César Navarrete, auto apodado *Lonko Kilapán*, quien fuese autor en 1968 de *El origen griego de los araucanos*, así como presidente del *Instituto araucano de parapsicología*. En su libro, intenta probar mediante forzosas coincidencias lingüísticas y similitudes iconográficas, que el pueblo mapuche sería una colonia griega emigrada de Esparta entre los siglos IX y VI antes de Cristo. Como pruebas se cuentan la similitud de los perfiles escultóricos elaborados para Caupolicán y Policleto (Kilapán 75) -sin considerar que la técnica neoclásica era la norma en la época de la instrucción del autor de la primera, Jorge Infante-, o también el

trazar una línea del supuesto viaje de los espartanos a través de Asia y el Pacífico siguiendo toponimias de origen griego. Este esfuerzo argumental tenía una clara misión: “dignificar al mapuche, llevándolo a decir que tiene un origen común con Esparta” (10), como aparece en el prólogo del poeta mapuche Sebastián Queupul. Sin embargo, este hecho reafirma una perspectiva en el fondo tan menoscabante como el racismo del siglo anterior, que logró cautivar incluso a un artista mapuche: Navarrete asume a priori la existencia de una perfección moral, la de la Grecia Clásica, cuya réplica es la única posibilidad de dignidad.

Estos últimos racismos tienen un componente de identidad contrario la modernidad, pues plantean la existencia de una esencia chilena que debe ser cuidada y resguardada, situación cada vez más compleja en el nuevo escenario económico global, del cual Chile comienza a formar parte importante, aunque como subalterno, debido a la industria del salitre y a los mercados financieros. No será extraño, entonces, que el pensamiento de Palacios fuese reclamado en alguna medida por el Nacionalsocialismo, que en el caso de Carlos Keller, se aleja del racismo científico para exponer la supuesta homogeneidad chilena en términos del racismo cultural, algo llamativo considerando que sus pares europeos no salían del molde del racismo científico:

En cuanto a la “homogeneidad de la raza”, el pueblo chileno representa una mezcla de diferentes razas indígenas con numerosas europeas y de estas últimas entre sí. No existe en Chile un grupo sanguíneo que predomine absolutamente.

Además, la constitución racial de los pueblos es una cuestión de escaso interés, en comparación con otros problemas más importantes. Lo que les da su uniformidad a los pueblos modernos es la cultura que domina en ellos, entendiendo por cultura no algo fijo y estable, sino algo que se encuentra en constante movimiento y transformación. (Keller 311-2)

Y más recientemente, el desaparecido movimiento neonazi Patria y Nueva Sociedad, a través de su vocero Aléxis López, recordará la

hipótesis racialista, determinista y esencialista de la identidad chilena asumiendo que “en el caso de Chile [...] la ‘raza chilena’, siguiendo al Dr. Nicolás Palacios en parte, es resultado directo del enfrentamiento sostenido entre Españoles y Mapuches durante trescientos años. Aquí se logró de un modo muy particular la fusión social y racial que generó un nuevo estado cultural: la Nación chilena” (López 57).

En el siglo XX, sin embargo, estas valoraciones positivas del componente indígena, aun cuando fuese bajo una comparación con características reconocidas como valiosas desde el pensamiento europeo, sería sistemáticamente negada en favor de la existencia de una homogeneidad cultural y racial, pero ya no fundada en el mestizaje, sino derechamente en un origen *blanco*. Un antecedente relevante es la invitación de Chile a la Exposición Iberoamericana de Sevilla en 1929, evento que, dada su tradición en Europa, fue visto como una oportunidad de “presentar en sociedad” a una nación que debía demostrar ser lo más similar posible a los países del continente anfitrión. Esta semejanza se sustentará en dos pilares: el climático y el de *pureza racial*. Respecto a la variable climática, como bien acusaba Manuel de Salas, constituía un factor determinante para las opiniones racialistas de la época, que durante el siglo XVIII, y siguiendo los planteamientos de Georges Louis Leclerc, conde de Buffon, y de Cornelius de Pauw, consideraban que el clima tropical americano, debido a su abundancia, generaba especies animales pequeñas y débiles, y por consiguiente, humanos holgazanes. Los climas fríos, en cambio, eran señal de razas laboriosas y racionales. Esta asociación dicotómica entre trópico-barbarie/frío-civilización, tomando los términos de Sarmiento, será clave en el discurso chileno oficialista del primer gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, el cual sacaría partido a la geografía chilena montañosa y austral como señal inequívoca de estar “lejos del trópico”, con sus respectivas consecuencias culturales (Dümmer 166-7)⁸.

⁸ De hecho, el término “tropicalismo” persiste hasta hoy como una calificación despectiva, que busca aludir a una inestabilidad política y cultural tendiente al caos y al retraso.

En torno al factor racial, el gobierno emitirá en 1927 un boletín consular en el que se afirma que los chilenos son “descendientes puros de españoles y mezcla muy pequeña de estos con los indómitos araucanos” (163), cuya composición racial será, por ende “una de las más puras y homogéneas del continente americano” (164), y, refiriéndose a la presencia de otras etnias, planteará que “no hay negros ni los habrá nunca, porque los nativos tienen repulsión por estas mezclas que existen en otros países americanos” (167). Acompañando esta información de carácter oficial, el pabellón chileno en Sevilla tendrá, además, un texto curatorial que persistirá en la misma tónica, unificando ambos ejes: “las condiciones excepcionalmente benignas del clima de Chile, comparable al de las regiones más favorecidas de Europa central y meridional, se presentan admirablemente para el desarrollo de la raza blanca” (169). Se aprecia, entonces, la vocación de construir una imagen de Chile en el exterior que, para afirmar una semejanza con Europa, tendrá primero que negar los rasgos asumidos a priori como propios de lo latinoamericano: el clima tropical, con sus asociaciones a la cultura y raza, y en este punto, el mestizaje. La posición del gobierno de Ibáñez toma así tanto del racismo científico como del racismo cultural, en favor de sumarse al universalismo de la modernidad a través de la réplica de las características de sus polos de desarrollo. Esta negación de un vínculo latinoamericano, tendrá entonces una visión peyorativa del resto del continente, que se representará comparativamente como caótico y poco confiable para la inversión extranjera, buscando confirmar la afirmación de Diego Portales de que los chilenos serían “los ingleses de Sudamérica” (159).

Los ejes culturales y estéticos desarrollados en la Exposición Iberoamericana tendrán una persistencia hasta épocas más recientes, como puede corroborarse al revisar el pabellón chileno de la Expo 92, curiosamente llevado a cabo en la misma ciudad. En esta instancia el gobierno chileno envió 200 toneladas de hielo que fueron esculpidas con forma de iceberg, buscando asociar la imagen país con el territorio antártico. Ahora, en vez de la asociación de geografía con raza y

cultura, se tomará una relacionada a la eficiencia tecnológica y a una mirada futurista: la Antártica es llamada –de forma amenazante- como “el continente del futuro” por la enorme cantidad de recursos naturales que almacena, partiendo por el agua. El envío de masas de hielo a una ciudad que en verano alcanza los 40° Celcius a la sombra suponía un desafío tecnológico mayor, del que Chile podía presumir, según palabras de Eugenio García, director de la compañía a cargo del pabellón: “Si podemos transportar este hielo, podemos transportar productos frescos chilenos, como frutas o salmón, a cualquier parte del mundo con la misma eficacia” (cit. en Délano). Finalmente, otra posible herencia de esta construcción de la imagen país la constituye la foto oficial del gobierno de Sebastián Piñera, la cual, rompiendo la tradición anterior de fondos neutrales, orientados a resaltar únicamente la imagen del presidente o presidenta, agrega un paisaje montañoso y nevado, con una coloración cargada a los tonos fríos (Wikimedia Commons). Considerando que parte importante de su campaña se construyó en torno a valores como la “eficiencia” y la “seriedad”, asumidos por la derecha neoliberal en contraposición a principios emotivos y subjetivos, asignados a la izquierda, no sería extraño relacionar la elección paisajística del retrato presidencial como una forma de buscar resaltar estos principios, en vistas de su tradición en la iconografía de la imagen país asumida en durante casi dos siglos por la clase gobernante, independiente de su posición nominal en el espectro ideológico.

Este tipo de construcciones tendientes a la homogenización, ya sea en torno al mestizaje racializado o en relación a Europa, para resaltar una diferencia particular de la sociedad chilena o su similitud otorgadora de un derecho de pertenencia a occidente, contribuyen a que el racismo en Chile sea un fenómeno oculto. Así, Jorge Larraín en su obra *Identidad chilena* escribe:

La existencia de racismo en Chile puede comprobarse históricamente aunque es un hecho relativamente descuidado por las ciencias sociales y generalmente no se percibe como un problema social importante. Es claro, sin embargo, que

desde muy temprano ha habido en Chile una valorización exagerada de la “blancura” y una visión negativa de los indios y negros. Los textos escolares están llenos de representaciones peyorativas acerca de los indios, sus costumbres y modos de vida. La estratificación racial, aun aquella de carácter capitalista, siempre ha ido acompañada de un elemento racial: en Chile, de manera general, mientras más oscura la piel, más baja la clase social. Los barrios pobres de las ciudades contienen una mayor proporción de gente de piel más oscura. [...] Sin embargo [hay] una negación del racismo, como su fuera un problema de otros países, pero no de Chile. (232)

La clasificación social de la colonialidad, que para Chile, dado su contexto americano, incluyó la categoría de raza, ha determinado las relaciones sociales no solo en relación a los grupos directamente racializados, como los mapuches, sino que, además, ha influido en la configuración de la sociedad como conjunto, con sus respectivos sesgos culturales y disposiciones a tolerar problemas como la desigualdad económica y la exclusión social. En la medida en que permanezcan naturalizadas las nociones de raza y clase que se originan a partir de la dominación económica, pero que luego la sustentan, las respuestas a los problemas sociales seguirán resultando ineficientes, como las posturas de este breve exposición, que si bien buscaron una emancipación cultural, política y económica, terminaron por reafirmar las mismas categorías que, desde la colonialidad del poder, mantienen a Chile –como parte de América Latina- en una posición de subalternidad.

Consideraciones finales

Los alcances de la colonialidad del poder no solo se remiten a la posición geopolítica de Chile y América Latina en la escala productiva global, ni a la legitimidad de las élites en sus respectivas sociedades. Al referirse, como punto de partida, a la corporalidad, como dirá

Construcción y uso de la raza en Chile. La justificación...

Quijano, las consecuencias se palpan en la cotidianidad de los individuos dentro de este eje de producción, en sus relaciones intersubjetivas y en cómo la satisfacción de sus necesidades y derechos es garantizada o ignorada por los estados. En el caso del pueblo mapuche considerado como raza aparte de la sociedad chilena para así justificar su exclusión y explotación de sus recursos, persiste en la sociedad contemporánea la criminalización y la descripción de sus demandas como una radicalidad uniforme e intolerable. En este sentido, Los medios de prensa, como El Mercurio y sus publicaciones regionales (Diarios Australes) se han especializado en una cobertura que reduce al mapuche a otro de violencia naturalizada (van Dijk 126), excluyendo así que, como toda relación social, de haber manifestaciones violentas son el resultado de relaciones de dominación previas, y no un dato dado e independiente de los actores sociales.

A partir de las herramientas conceptuales de la colonialidad del poder, es imperativo, del mismo modo, comprender que la propia identidad de los sujetos individuales y colectivos es una construcción que se produce a partir de las luchas por el poder, por lo que las esencializaciones, como en los casos expuestos, aunque nazcan de un sincero deseo de emancipación, fracasarán e incluso podrán contribuir a agravar la exclusión social. Para una comprensión profunda y fructífera de cómo se ha construido la dominación de todo un grupo de la sociedad, es imprescindible incluir y comprender los análisis emergidos desde los propios integrantes de las colectividades sujetas a la dominación. La pretensión de contar con categorías fijas, más allá de la simple referencia, puede llevar a los errores deterministas del biologicismo ingenuo o del materialismo histórico eurocentrista expuesto por Quijano. En este sentido, conviene tener en consideración las discusiones que forman parte de la intelectualidad mapuche, así como la relación de esta con el conjunto de su cultura, la que puede validarla, o bien, también mantener una distancia crítica que corresponderá a su vez revisar. Sobre la vivencia de la identidad mapuche, Maribel Mora Curriao expone que

Las diversas posturas se fueron demarcando con el correr de los años. Desde la casi ingenua afirmación del "ser" mapuche por lazos sanguíneos a la más férrea postura mapuchista que ensalzará la cultura propia y la cosmovisión al rango máximo de superioridad. En los espacios intermedios, por supuesto, se dieron todo tipo de posturas que mezclaban ideas religiosas y políticas tratando de ajustarlas para la ocasión, a una visión propia de lo que debía ser el pueblo mapuche. Y por esos años, como ahora, circulaban también quienes negaban de plano cualquier filiación con los mapuche, aunque los rasgos físicos o los apellidos los delataran como pertenecientes a esta etnia (34).

Las lecturas críticas a los resultados de la colonialidad del poder, manifestada según sus clasificaciones sociales, exigen la exclusión de la categorización eurocéntrica de pretensión naturalista, que separa a las clasificaciones de su contingencia histórica, y de paso, alejando del horizonte de lo posible a la desaparición de las relaciones que las determinan. Es decir, al naturalizar las clasificaciones sociales, se aleja la posibilidad de revertir la dominación que las ha generado. La existencia de disputas teóricas y políticas dentro de grupos sociales excluidos, como los mapuches, por ende, en ningún caso implican una debilitación de sus demandas ni una pérdida en el peso de sus argumentos, sino que corresponden una condición necesaria para que estos describan y transformen las relaciones de dominación, en vez de perpetuarlas aun sin quererlo, como en los casos anteriormente analizados de racismo positivo y paternalista.

La construcción y el uso de la idea de raza, como fenómeno típicamente moderno y dependiente de la expansión capitalista global, requiere entonces que para que se erradiquen sus acepciones falsamente naturalizantes se transformen y superen las relaciones de poder que las originaron. Así, mientras la estructura vigente del capitalismo global se mantenga en pie, con la respectiva posición de subordinación de América Latina en un orden eurocéntrico, los errores deterministas de la clasificación humana según razas no solo seguirán

ocurriendo, sino que mantendrán su función de justificar y perpetuar la dominación y exclusión.

Referencias bibliográficas

- Castillo, G. (2003). *Las Estéticas Nocturnas. Ensayo Republicano y epesentación cultural en Chile e Iberoamérica*. Santiago: Aisthesis
- Davison, J. (2002). *La vida privada*. En Robin Osborne (Ed.) *La Grecia Clásica* (pp. 31-62). Barcelona: Crítica.
- de Ercilla, A. (2001). *La Araucana*. Santiago de Chile: Pehuén.
- de las Casas, B. (1821). *Breve relación de la destrucción de las indias*. Sevilla: Juan F. Hurtel
- Délano, M. (1991). El iceberg antártico que se expondrá en la Expo 92 levanta una fuerte polémica en Chile. *El País*. Recuperado de http://elpais.com/diario/1991/11/28/sociedad/691282803_850215.html
- Dümmer, S. (2012). *Sin tropicalismos ni exageraciones. La construcción de la imagen de Chile para la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929*. Santiago de Chile: RIL.
- Feliú Cruz, G. (2013). *La abolición de la esclavitud en Chile. Estudio histórico y social*. Santiago: Ambos.
- Fredrickson, G. (2002). *Racism. A short story*. New Jersey: Princeton University Press.
- *Fotografía oficial del Presidente Sebastián Piñera - 2.jpg - Wikimedia Commons*. (2010). *Commons.wikimedia.org*. Recuperado 13 de Julio de 2016, desde http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Fotograf%C3%ADa_oficial_del_Presidente_Sebasti%C3%A1n_Pi%C3%B1era_-_2.jpg
- Fuentes, A. (2012). *Race, monogamy, and other lies they told you. Busting myths about human nature*. Berkeley: University of California Press
- Jara, A. (1981). *Guerra y Sociedad en Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.

- Keller, C. (1931). *La eterna crisis chilena*. Santiago: Nascimento.
- Kilapán. (1974). *El origen griego de los araucanos*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Larraín, J. (2001). *Identidad Chilena*. Santiago: LOM.
- Lindberg, D. (2002). *Los orígenes de la ciencia occidental. La tradición científica europea en el contexto filosófico, religioso e institucional (desde el 600 a.C. hasta el 1450)*. Barcelona: Paidós.
- López, A. (1998). *Raza, racismo, antirracismo y evolución. La ética, tradición y humanidad de la Diferencia*. Santiago: Excalibur.
- Millett, Paul. (2002). *La economía*. En Robin Osborne (Ed.) *La Grecia Clásica* (pp. 31-62). Barcelona: Crítica.
- Mora Curriao, M. (2007) *Identidad mapuche desde el umbral o la búsqueda de la mismidad étnica en el Chile de los 90*. En Claudia Zapata Silva (Comp.) *Intelectuales indígenas piensan América Latina* (pp. 29-44). Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Pinto Rodríguez, P. (2000). *La formación del estado y la nación, y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*. Santiago de Chile: IDEA.
- Quijano, A. (2014) *Colonialidad del poder y clasificación social*. En Santos, B., Meneses, M., & Aguilo, A. (Eds.). *Epistemologías del Sur* (pp.67-107). Madrid: Akal.
- Sarmiento, D. (1915). *Conflictos y armonías de las razas en América*. Buenos Aires: La Cultura Argentina.
- Schneider, D. & Schneider, C. (2007). *Slavery in America*. Nueva York: Infobase.
- van Dijk, T. (2005). *Racism and Discourse in Spain and Latin America*. Amsterdam: John Benjamins.
- Vera, R. (1905). *La Pacificación de Arauco*. Santiago de Chile: Imprenta El Debate.
- Vicuña Mackenna, B. (1868). *La Conquista de Arauco*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril.
- Villalobos, S. (2000). Prólogo en Barros Arana *Historia General de Chile. Tomo I*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Construcción y uso de la raza en Chile. La justificación...

- Wieviorka, Michel. (2009). *El racismo: una introducción*. Barcelona: Gedisa.
- Wise Bauer, S. (2013). *The History of the Renaissance World*. Londres: Norton & Company.
- Zúñiga, F. (2007). *Mapudungun. El habla mapuche*. Santiago: CEP.